

Hechos 13:44-52

Hechos 13:44-52 Quinto domingo de Pascua, 2004-05-08

⁴⁴El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. ⁴⁵Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. ⁴⁶Entonces Pablo y Bernabé, hablando con valentía, dijeron:

—A vosotros, a la verdad, era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios; pero puesto que la deseáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles, ⁴⁷porque así nos ha mandado el Señor, diciendo:

»«Te he puesto para luz de los gentiles,

a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra”.

⁴⁸Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. ⁴⁹Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia. ⁵⁰Pero los judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de sus límites. ⁵¹Ellos, entonces, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, llegaron a Iconio. ⁵²Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

Hermanos, tenemos el privilegio de escuchar domingo tras domingo la palabra de salvación. Realmente son alegres noticias, que deben alentar y llenar de gozo nuestro corazón, y lo han hecho en nosotros. Pero también es dolorosamente evidente que no todos los que han escuchado este mensaje tan precioso para nosotros tienen la misma actitud. Muchos quedan indiferentes, y muchos otros son abiertamente hostiles al mensaje cristiano. Y esto tiene la potencialidad de disminuir nuestro propio gozo, de hacer que comencemos a dudar, a pensar que tal vez cuando hay tantos que no creen, ellos puedan tener la razón.

Textos como éste pueden ayudarnos, cuando vemos que siempre ha sido así. Así como ahora hay los que creen, y otros que rechazan, lo mismo sucedió cuando este mensaje primero se publicó en el mundo. Algunos creen, otros no. Vamos a considerar esta mañana **las dos reacciones que siempre hay a la palabra de salvación**. Veremos que siempre habrá quienes

rechazan estas buenas noticias, pero que también siempre habrá quienes las reciben con gozo.

Las noticias que Pablo y su compañero, Bernabé, habían traído a Antioquía en Pisidia, en el centro de Turquía, eran buenas y alegres noticias. La semana anterior Pablo había anunciado en la sinagoga: “Sabed, pues, esto, hermanos: que por medio de él [de Jesús] se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que no pudisteis ser justificados por la Ley de Moisés, en él es justificado todo aquel que cree” (v. 38.39). A un pueblo que no pudo guardar la ley, y por tanto cayó bajo su condenación, Pablo anunció perdón y vida eterna como un don gratuito de su Dios y Salvador.

Sin embargo, Pablo también sabía que había gran peligro, y un precedente histórico, de que los judíos reunidos allí rechazaran esas alegres noticias y echaran la espalda al mensaje de la salvación gratuita que Cristo había ganado para “todo aquel que cree”. Así que les había advertido: “Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas: Mirad, menospreciadores, asombraos y desapareced porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la cuenta”.

En esa ocasión la predicación de Pablo había despertado bastante interés, de modo que aunque fueron los gentiles que especialmente rogaron que Pablo y Bernabé volvieran y les informaran más de este mensaje de Jesús, también se nos dice que “muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles los persuadían a que perseveraran en la gracia de Dios”.

Esta es la situación cuando comienza nuestro texto. Es evidente que los gentiles estaban gozosos de escuchar estas palabras, puesto que el énfasis en el mensaje que habían recibido hasta entonces se centraba en las obras de la ley. Uno hablaba a otro, de modo que “se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios”.

Sin embargo, esta misma situación provocó una reacción de incredulidad de parte de la mayoría de los judíos de la ciudad. Para los judíos, a los gentiles se les podían tolerar si ellos adoptaban la ley de Moisés y se convirtieran en judíos bajo la ley. Aun se podía aceptar que algunos sólo serían oyentes que simpatizaban con el judaísmo, los llamados prosélitos de la puerta. Pero que los gentiles oyeran y respondieran a un mensaje que insistía que sólo por la fe en el Cristo crucificado había perdón de pecados y salvación, eso lo consideraban una traición de su nación y su ley. Así que el texto nos dice que “se llenaron

de celos y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando”.

No sabemos exactamente lo que dijeron, pero probablemente se burlaron de la idea de que uno a quien sus líderes en Jerusalén habían rechazado y que fue matado por los romanos como un criminal difícilmente sería el glorioso rey Mesías que los judíos esperaban, y además que el mensaje de Pablo blasfemaba la ley de Moisés que Dios mismo había otorgado a su pueblo por medio de él. Pero al mismo tiempo, el texto menciona la verdadera razón por su oposición y blasfemia. Sentían celos por el éxito de la predicación de Pablo; sentían que su influencia se menguaba y este maestro visitante los había superado en popularidad.

Sin embargo, no pudieron amedrentar a Pablo y Bernabé. Más bien ellos valientemente citaron la profecía de Isaías 49 que hablaba del resultado de la incredulidad y blasfemia de los judíos. “Nos volvemos a los gentiles, porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra”. El contexto de este pasaje declara que la salvación que el Siervo de Jehová trae será tan grande y glorioso que no será suficiente que él sea pacto para el pueblo, sino que también sería Salvador del mundo entero de los gentiles.

Pablo entonces les recuerda a los judíos que ellos tenían el privilegio de ser los primeros en conocer la salvación que Dios había provisto por medio de Cristo, pero que por su incredulidad y terquedad en vez de tener un lugar privilegiado perderían por completo el don de la salvación en Jesucristo. “A vosotros, a la verdad, era necesario que se os hablara primero la palabra de Dios; pero puesto que la deseáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles”.

Allí está la tragedia. La vida eterna era para ellos. Ellos tenían que oír primero. De ellos era “la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas” (Rom. 9:4). Profeta tras profeta habían venido para preparar a este pueblo para precisamente este mensaje de que habían llegado “buenas nuevas que serán para todo el pueblo”, noticias de un Salvador, Cristo el Señor. Cristo mismo había demostrado que “era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria” (Luc. 24:26), y había reprendido a sus discípulos por ser “tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho”.

Sin embargo, porque no querían saber nada de este Salvador que rescataba a los pecadores por pura gracia y en virtud de su vida perfecta y su sacrificio por los pecadores en la cruz, Pablo dice

que “no se juzgaban dignos de la vida eterna”, lo cual quiere decir: “Si de ese modo tenemos que ser salvos, y la carga de la ley no cuenta para nada en la salvación, yo no quiero saber nada de esta salvación y ese Salvador”. Así ellos mismos, con su incredulidad, se estaban excluyendo de gozar la gloriosa salvación que Dios había prometido a su pueblo.

La verdad es que cualquiera que insiste que se salva por su propia dignidad o esfuerzo realmente no es digno de la vida eterna. ¿Por qué? Porque si es asunto de obras, es asunto de la perfección. Como dice Pablo en Gálatas, citando del mismo Antiguo Testamento: “El que haga estas cosas vivirá por ellas”. Pero no hay nadie que las hace. Así que todos sólo caen bajo la maldición de la muerte eterna, porque “Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas”.

Esto lo aplicaba a cualquiera que añadiera alguna obra como necesaria para la salvación. ¿Pero no serían la excepción los judíos a quienes Dios había dado el pacto de la ley? ¿Podría realmente no ser necesaria la obediencia de la ley para alcanzar la salvación? Pablo también habla de esto: “Nosotros—judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles—, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado” (Gál. 2:15,16).

Por otro lado, también los que rehúsan arrepentirse de sus pecados revelan que no se consideran dignos de la vida eterna tampoco. Así Pablo, después de recitar las obras de la carne tales como “adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas”, declara: “los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gál. 5:19-21). Y Jesús dice en Juan 3: “Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, pues todo aquel que hace lo malo detesta la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al descubierto” (Juan 3:19,20).

¿Quiénes fueron los que rechazaron? Eran la mayoría de los judíos, por supuesto. ¿Serían algunos de los judíos que habían seguido a Pablo después de la primera predicación? Es posible. Aun los que se impresionan con las buenas nuevas, cuando ven que los asociaría con los que no tienen el mismo prestigio, o no pertenecen al nuevo grupo, pueden abandonar el camino y volver en contra de él. Pero tampoco todos los gentiles creyeron,

sino se mencionan sólo a los que “estaban ordenados para la vida eterna”.

No obstante, como siempre cuando se proclama la palabra de vida, el evangelio de Jesucristo, algunos sí creyeron y se regocijaron. Ya hemos mencionado a los judíos y gentiles que se habían regocijado por la predicación de Pablo la semana anterior. Parece que especialmente los gentiles, al escuchar que la salvación en Cristo les era disponible sólo por la fe, sin hacerse judíos ritualmente, se entusiasmaron y contaron a vecinos y familiares las buenas noticias que habían escuchado. Eso resultó en la gran multitud de gentiles que se reunieron el sábado siguiente.

Como la mayoría de los judíos rechazaron luego el mensaje de Pablo, Pablo asegura a los gentiles que ellos son ahora los que reciben este gran privilegio de escuchar el mensaje de salvación y ser hijos de Dios por la fe en Jesucristo. “Nos volvemos a los gentiles, porque así nos ha mandado el Señor”. Y se nos informa que “Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”.

Los que “estaban ordenados para vida eterna” eran los individuos que Dios había escogido en amor desde la eternidad para escuchar el mensaje de Cristo, creerlo y ser salvos. La fe en el Salvador, obrada por el Espíritu Santo por medio del evangelio, es el primer fruto de esta eterna y amorosa predestinación.

Pero también el texto nos dice que “glorificaban la palabra del Señor”. La mayor gloria que podemos atribuir a la palabra salvadora de Jesús es creerla. Estos gentiles aceptaron con fe y gozo las noticias de que sus pecados eran borrados por la sangre que Jesucristo derramó por ellos en la cruz, y que Dios ahora los adoptaba en su familia sólo por el mérito de Cristo.

Así el texto también los llama “discípulos” del Señor. Su interés por la palabra no era momentánea, sino que se dedicaban desde entonces a aprender más de la palabra de Dios. El discípulo es marcado por su amor por la palabra y su deseo de aprender más acerca de su Redentor y su redención.

Pero allí no quedaron los resultados de su nueva fe en Cristo. También se nos dice que “la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia”. No podían guardar silencio cuando otros estaban tan perdidos y condenados como ellos habían sido antes de la predicación de Pablo. “No podemos sino hablar de lo que hemos visto y oído”, como dice en otra parte la Escritura. E hicieron esto a pesar de una severa persecución que los líderes

judíos instigaron a las mujeres prominentes de la ciudad a iniciar junto con los hombres principales de la ciudad. Pero nada de esto podía apagar su gozo. “Los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo”.

¿Podemos tener el mismo ánimo para difundir la palabra del Señor que mostraron Pablo y Bernabé, y luego los nuevos creyentes gentiles en Antioquía? ¿Cómo puede ser de otra manera, si nosotros nos regocijamos y gozamos en la misericordia del Señor hacia nosotros y sabemos que desea compartir la misma gracia con otros? Todavía Cristo está puesto “para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra”. ¿Creerán todos? Por supuesto que no. Pero en todas partes Dios tiene a los que él ha ordenado para la vida eterna. Y qué privilegio es cuando usa nuestro testimonio para dar a alguien esa vida eterna por la fe en Cristo Jesús. Demos fiel testimonio, entonces, y el número de discípulos crecerá aquí también, cuando otros reciben con gozo el mismo mensaje de gracia y perdón libre y gratuito en Cristo que ya ha alegrado tanto nuestro corazón. Amen.